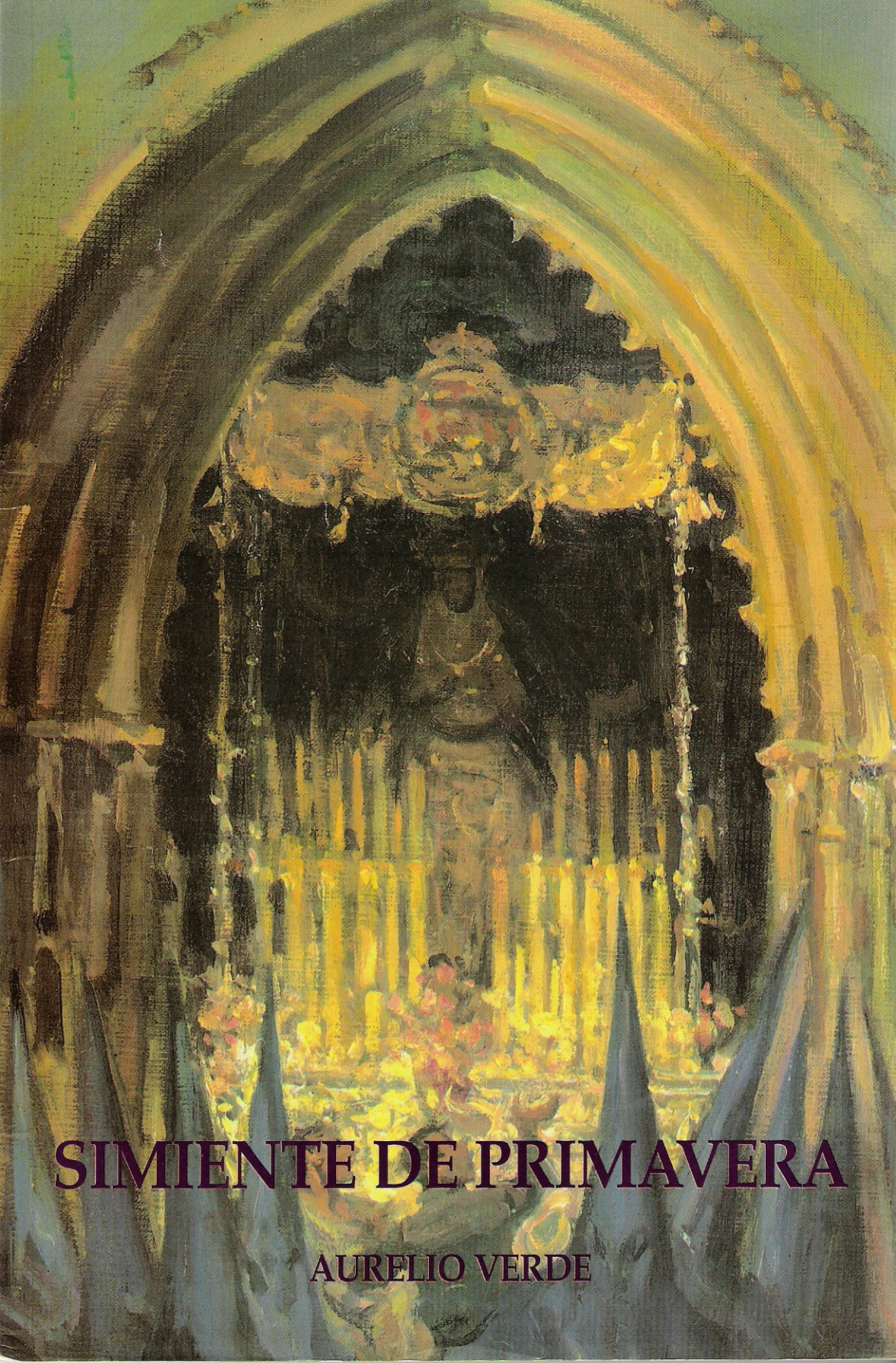

SIMIENTE DE PRIMAVERA

AURELIO VERDE

XVI PREGÓN DEL COSTALERO

SIMIENTE DE PRIMAVERA

AURELIO VERDE

El cuadro de la portada es original de José Palomar. Sirvan estas palabras para dejar testimonio escrito de mi entrañable agradecimiento por tan desprendida colaboración.

© Aurelio Verde.

Depósito Legal: SE-599-1996.

Impresión: Imprenta A. Pinelo. Camas - Sevilla.

A Gabriel y a Víctor,
amigos del alma.

Dios está cerca, el trigo
se dobla como un ángel
anunciador que siente
la bendición del aire...

LUIS ROSALES

¡Qué buen barquito velero:
el capataz, su timón,
y la vela el costalero!

Lo merece la ocasión.

De la otra orilla del río
traigo a esta otra ribera,
y la siembro a mi manera,
la flor de un recuerdo mío.

No se me importa la fecha,
lo que importa es la memoria
de aquella estampa. La gloria
que bajó a una calle estrecha.

Dobló primero una esquina;
luego, otra. Y se posó
igual que una golondrina.
La saeta se alejó
con vuelo alto y ligero
quebrando su eco imponente.
La nuca del costalero
era un cromo. Y el ambiente,
como un enjambre de amor.

Olía a café caliente,
a miel y a naranjo en flor.
La primavera encendía
su alto candil amarillo
en los altares del día...

La mano está en el martillo
y el capataz que pregunta
por gusto de preguntar.
La cuadrilla lo barrunta
y el alma es un repicar
de campana que despunta.

-Fulanito, ¿dónde estamos?
El pie, que pierde su huella.
-¡En Santa Ana!
-¡Ya nos vamos!
¡Ole, el arte de mi gente!
¡Vamos al Cielo con Ella!
¡Todos por igual! ¡Valiente!
¡A ésta es!
Cómo sería,
que floreció la mañana
y al Cielo se fue María
sin moverse de Triana.

Busco una trabajadera
en medio de este cabal
cenáculo. Y mi costal
es el verso que quisiera
tener el preciso eco
que más le gusta a Sevilla
para unirme a esta cuadrilla
de hermanos. Hacedme un hueco.
Dejad que arrime el empeño
de mi hombro hecho palabra,
y en la calle que se labra
con vuestro andar, todo el sueño
de ser costalero un día
se vea cumplido esta noche.
Luego, que el alma derroche
cuanto traiga en su alcancía.
Y antes de que el capataz
pronuncie con otro acento
la voz que rompe el momento
quiero dejar mi alma en paz,
agradeciendo sincero
esta hermandad y este atril
que ya en las puertas de abril
se hacen pregón costalero.

Cumplida la gentileza
de pétalos derramada,
entornemos la mirada
porque la leyenda empieza.

Sevilla va de camino
por un pedregal hebreo.
Una alondra aguza el trino.
Hace calor, y el deseo
de llegar aventa el vuelo
del espíritu: ya sabe
que a los postigos del duelo
le están echando la llave.
Jerusalén no está lejos,
su mancha de piedra y cal
reverbera de reflejos
como un pozo de cristal.
Y Sevilla aprieta el paso,
quiere llegar cuanto antes
porque presiente un ocaso
de nublados humillantes,
porque un falso tribunal
dicta su sentencia y miente,
con rúbrica tan fatal
en carne tan inocente.
Y así cubre la distancia
con un galope por dentro,
siendo de fe la sustancia
que la guía a tal encuentro.
Cuando cruza la muralla,
Sevilla busca el latido
entre un silencio que estalla
y se clava en el sentido.

Tanta soledad se fragua
porque el clamor del gentío
frente al palacio desagua
como un sucio, ardiente río.
La muchedumbre se agita
con desorden de marea
y reclama cuando grita
su justicia farisea.
Sevilla llega y la suerte...
¡La negra suerte está echada!
¡Ha llegado para verte
cuando no puede hacer nada!
Pilatos lavó sus manos
y los sumos sacerdotes
cuentan con dedos ancianos
uno a uno los azotes.
Venganza y jurisprudencia:
el templo con su dinero
lo ponía en evidencia
el hijo de un carpintero.
Ese y no otro era el delito:
denunciarlos. Tal ofensa,
con el castigo maldito
de la cruz se recompensa.
Antes, un par de sayones
midieron su anatomía
escribiendo expiaciones
con roja caligrafía.

Y una corona de espinos
le ciñeron, por si acaso
saciaban sus desatinos
los sacerdotes. El vaso
no contuvo el temporal,
y el populacho vendido
se erigía en tribunal:
su muerte es lo convenido.
Cargaron el travesaño
del suplicio en su andadura
y rotuló el desengaño
la calle de la Amargura.
Sin brocal estaba el pozo
hondo y ciego del lamento,
y el manantial del sollozo
se quedaba sin sustento.
Sevilla, rota en su huella,
a la Pasión asistía
haciendo suya la estrella
de Jesús y de María.
Es cuando tropieza Cristo
con las aristas del suelo,
y su Madre, que lo ha visto,
pierde su pulso en el hielo
de un desgarro sin frontera.

Y porque sabe que un tronco
en el Gólgota lo espera
con tres clavos y que un ronco
vendaval llega hasta el templo,
y el velo en su sacrificio
del rayo toma su ejemplo,
al borde del precipicio,
presagiando lo peor...
Sevilla no puede más,
y en un arranque de amor
no quiere quedarse atrás:
se abre paso entre lo hiriente
del bullicio fariseo
y decide estar presente
como brisa y cireneo,
como bálsamo de sombra,
como jardín de respiros,
como pétalos de alfombra,
como pomo de suspiros,
como lino de sudario,
como afán de golondrinas,
como lirio del Calvario,
como silencio de esquinas,
como aguamanil de rosas,
como oración que lo nombre,
como huellas virtuosas,
siguiendo al Hijo del Hombre.

La claridad de la fe,
alumbrando la Pasión,
que de esa forma se ve
con ojos de promisión.
Hay una luz que ilumina
la umbría de la pregunta
y descorre la neblina
y pone el vello de punta.
Pues vibra el alma creyente
y mira con otros ojos
el adiós de la simiente,
el luto de los rastrojos.
Hay un paso que se da
sin que vuele la razón,
buscando ese más allá
más acá del corazón.
Y en ese intento, Sevilla
siembra su amor por entero,
y de tan buena semilla
naciste tú, costalero.

Es un grano
de buen trigo,
del trigo más sevillano,
pues lleva dentro consigo
esa pura condición
de cofrade. Y es simiente
por natural vocación
de una espiga floreciente
que nace en la primavera.
Y ya se sabe que el grano,
en surcos de sementera,
desaparece temprano,
paso a paso, en un cadente
y primoroso destino.
Es su sino
y aventura sin azar:
sembrarse y quedarse ausente,
para luego florecer
hecho espiga y pan de altar.
Y ya nadie podrá ver
a la semilla ofrecida:
sólo se verá un trigal
con su apogeo de vida.

Germen de faja y costal,
un cofrade de Sevilla
ha cambiado su antifaz
y en surcos de propia arcilla,
a la voz del capataz,
se siembra por los senderos
de la Pasión del Señor,
cuando los vientos primeros
de abril levantan marea.
Que no hay destino mejor
que amar sin que alguien te vea.

Ni ruán ni terciopelo,
su túnica es de arpillera,
su firmamento es el suelo,
y no le alumbra otra cera
ni otra brisa de consuelo
que sembrarse en primavera.

¿Y qué virtud sevillana
se planta en tierra tan buena
de la noche a la mañana?
¿Qué sinvivir y qué fuego
dejan la tierra tan llena
y quién será su labriego?

Se siembra valor,
pedernal y hombría,
fuerza y un temblor
hecho poesía
en la oscuridad.

Redaño y coraje
y la orfebrería
para que se alhaje
la estampa del día
haciendo hermandad.

Grano de mostaza,
súbito fermento,
levadura y raza
y el vestigio lento
de un lento compás.

Almáciga y fe,
rumor de resuello,
el roce del pie,
la llaga del cuello
y un crujido atrás.

Se siembra grandeza
en tan poco espacio,
lágrima que empieza
a rodar despacio
en la levantá.

Y una savia nueva
de sevillanía
que al Cielo se lleva
la Virgen María
cuando al Cielo va.

Mira si se planta
amor suficiente,
que está la garganta
muda aunque se siente
la entraña al revés.

Alma y cuerpo enteros
se vuelven semilla
y en los costaleros
florece Sevilla
diciendo: ¡A ésta es!

¿Cuál es esa flor que brota?
¿Y cuál la hermosa cosecha
y de qué trigo está hecha
que nunca su savia agota
y siempre nace derecha?

¿Qué prodigio de la tierra,
arada por la Pasión,
derrama su bendición
y lo mismo que lo entierra
multiplica el corazón?

¿Qué mieses y qué abundancia
se derrochan por Sevilla
y qué ángel se agavilla,
como bendita ganancia
de bienes por esta orilla?

Es el aire.
Aire que florece
porque el aire es gloria
que Sevilla mece.

Brota una Jerusalén
con hechura sevillana,
que bañada en luz se grana
con los racimos del bien
en sacrosanta semana.

Bajo el candil de este cielo
de Sevilla se vacía
la viva imaginería,
tallada en alma y desvelo,
que se hace andar y armonía.

Una calle de Amargura
que ha perdido su amargor,
porque ese compás de amor
planta piedras de dulzura
entre arriates en flor.

Flor de lirio y de clavel,
para que el Monte Calvario
se vuelva un alto sudario
y alivie el tormento aquél
y aquel ingrato salario.

Es el aire
lo que se estremece
y anticipa gloria
que Sevilla mece.

Una blanca primavera
hecha de palmas y olivos
deja entre acera y acera
pasos que suenan tan vivos
de delantera a trasera.

Y un Evangelio en relieve
toda su escena levanta,
para que a pulso lo lleve
sin que el gemido más breve
se escape de la garganta.

Y florece un Cireneo
en ese pisar silente
de Cristo. Apenas se siente
la espiga que en su deseo
carga el peso humildemente.

Y bajo el Gólgota, un nido
de mil huellas...¡Cómo labras,
labrador! Te has ofrecido
dando alivio al malherido
eco de siete palabras.

Hasta parece que el mundo
se queda quieto y desierto,
porque Jesús está muerto
y un paso lento y profundo
le brinda su cauce abierto.

Una cenital patena
de Parasceve lo acuna
y por eso hasta su almena
sube Sevilla y se llena
con el tisú de la luna.

Detrás, esa melodía
que susurran los varales,
porque treinta y seis cabales
simientes van a porfía
y ésa es la sal de las sales.

Donaire de pedestal,
y venga angosta estrechura
de ese pórtico ojival,
porque no hay arquitectura
que aguante este vendaval.

Y nadie pierde un detalle
del trazo que se perfila
cuando al doblar una calle
son de gozo en la pupila
las lágrimas de este Valle.

Porque es una aparición
célica y en pleno día.
Y en qué justa proporción
arde en su candelería
la cera del corazón.

Camino de gracia pura:
Sevilla le cambia el nombre
a esa calle de Amargura
porque como un solo hombre
mece el palio y gana altura.

Ni el pelo de una mocita
ni el capote de un torero
ni el aire cuando recita
su brisa de jardinero
ni el Guadalquivir que incita
con su rizo al marinero,
derrochan tanto salero
como el alma de Sevilla
cuando se vuelve cuadrilla
vestida de costalero.

Ritual:
saber hacerse la ropa,
armar morcilla y costal
por uno mismo.
                La tropa
le echa un tiento
y hormiguea el sentimiento
sobre el mármol duro y frío.

La liturgia del momento:
este compañero mío
-mi costal-
este invento
sevillano y teologal,
para bien, no para mal,
contra marea y contra viento,
vendrá conmigo
esta tarde. Buen amigo
allá en la trabajadera
que ponga alivio y blandura.
Porque la vereda es dura,
larga hasta la madrugada,
y se quiera o no se quiera
la pisada,
el cuerpo y la voluntad
nunca habrán de separarse.

Y luego, ya en hermandad,
porque así hay que encontrarse,
lista la ropa, un hermano,
veterano en juventud,
con oficio y diestra mano
me la ajusta. Qué verdad
que te alumbra una virtud:
la fe, que es ciega y no ve.

Y otra virtud, el amor.
Sin color,
y sin faltarle a la fe,
la virtud más importante.
Que habiendo amor de verdad
hay bastante
equipaje
para ver la claridad
del derecho y del revés,
por alto que sea el viaje.

Hermanados, ya lo ves:
ahora a fajarse. Otra ayuda
de otro hermano costalero,
el que se ofrezca primero.

Bajo tu candelería
seré un rescoldo de andares
pidiendo que siempre ampares
mi desamparada umbría.
Serán tuyas, Madre mía,
las huellas de mi camino
y tuyo este cristalino
tributo de la mirada:
hontanar de agua salada
silencioso y repentino.

Silencioso y repentino
el corazón se desata.
Pues de compartir se trata,
Señor, tu pan y tu vino,
comprometiendo mi sino,
quiero ser tu hombro y tus pies
y que una mano me des,
como el mejor equipaje
del último y Buen Viaje
cuando digas: ¡A ésta es!

Capataz y costalero:
dos ramas de un mismo tronco,
un alma sola en dos cuerpos.

-Tú vas delante de mí
viendo lo que yo no veo,
anticipando en mi oído
el perfil del universo
como el lazarillo abre
las esquinas para el ciego,
echando luz en las sombras
del ojo en su cautiverio.

Costalero y capataz,
dos alas de un mismo vuelo:
donde va una, la otra va.

-Yo voy delante de ti,
que vas dentro. Desde fuera
alumbro el hollar pausado
de una decisión que es ciega,
aunque arranca claridades
por donde quiera que llega,
y voy poblando tu mundo
de norte y de candileja.

Capataz y costalero.
Costalero y capataz...
¡Qué más da!
si salieron los dos juntos
y juntos habrán de entrar.

Tienen los cinco sentidos
¡tan preciosos capitales!
repartidos,
ya sabe, a partes iguales.
Y es que traen entre manos
un negocio que no admite
error aunque sean humanos.

Uno habla, el otro escucha,
y es una misma intención.
¡Cuánta lucha
sin una equivocación!

Dos versos, sólo un poema.
Timón y vela, un velero.
Y este lema:
llevarlos con mucho esmero.

Siempre un ¡ay! por tanta maña
y es que entre varal y esquina
ni el filo de una pestaña
se imagina.

Capataz y costalero,
costalero y capataz
¡qué más da!
si es el mismo ese entripado
que no deja respirar.

¡Llámate! El aviso suena
como un cuchillo que corta.

Y no importa,
con un tallo de azucena
se ha medido la distancia.

¡Bueno!
Y así sin darle importancia
se va ganando terreno
y hasta parece que agranda
la piedra su dimensión,
porque anda
en juego un secreto don.

¿Cómo es posible! ¡Pues es!
Será cosa del sentir.
La habilidad de unos pies
que con otros ojos miran.
La certeza de medir
lo que otro ha de tallar.
Los dos por igual suspiran
cuando acaban de pasar.

Y los dos van por igual:
el que lleva un traje oscuro
y el de la faja y costal.

Los que llevan sus sentidos,
los cinco y alguno más,
a par a par repartidos.

¡Un poquito de alegría!
Y alegría tiene el paso.
Y así siguen a porfía,
alma y cuerpo, cuerpo y alma.
¡Hazme caso!
¡Que nos llevamos la palma!
¡Venga de frente!
Y se siente
una voluntad creciendo.

Capataz y costalero.
Costalero y capataz.
¡Qué más da!
Si un hermano sin el otro
no sabría caminar.

Costalero:
para ti tengo un presente
de palabras que ofrecer.

Como caminas sin ver,
y tu primavera siente
la luz de otra primavera
sin par
que anda fuera,
y en ese inmolado andar
echas de menos el oro
de la luz, el aire, el manto
de las flores y el tesoro
de la vida derramada
y del pájaro su canto.
Y el fruto de esa pisada,
que ya es parte de tu ser
hecho retablo de amores,
tampoco lo puedes ver,
tengo un eco de colores
para regalar tu oído.
Pobre eco que pretende
encender en tu sentido
la candela que se enciende
sólo a fuerza de mirarla.
Y si alguien quiere pintarla,
nunca pintará su duende,
porque un alma no se pinta
con pinturas ni pincel.

Ni se ha inventado la tinta
que acierte con el troquel
de la palabra precisa
para bordar la belleza.

Con esta pobre premisa
mi regalo se adereza.

Costalero:
Es domingo y los olivos
han rendido pleitesía.
Los azahares cautivos
dejan el aire del día
rebosando de motivos
para agradecer la vida.
Traes entre sien y sien
la engañosa bienvenida,
que le hace Jerusalén
con aleluya deicida.
Y delante un semillero:
sevillanitos en flor,
que dan su paso primero
de bautizo cofradiero
como riada de albor.

Poco a poco, costalero,
para que tu pulso guarde
la imagen donde yo quiero.

Que en el cielo de la tarde
el color de la pureza,
sublime y lento, así arde.

Y envuelta en malvas de abril
la luna estará en su alteza
cuando se apague el candil.

Ay, costalero, es ahora...
La lágrima en su pretil
se asoma dando la hora.

La hora en punto. Un universo
de pétalos se levanta
y se queda pobre el verso.

Es Sor Angela quien canta
desde arriba. Está Sevilla
con un nudo en la garganta.

Un suspiro en la cuadrilla:
el tiempo se queda en calma
y la noche se arrodilla.

Y esa legión costalera
así un día y otro día
irá ensartando poesía
escrita en trabajadera.
De distinta letanía
y compás en la escritura
según color de la cera.

Tras un lienzo de blancura,
medito después
otra artesanía
de ajustar los pies.

Para que los brazos
de ese Cristo ungido
con sueño y escarcha
dejen el Postigo
dulcemente abierto
con la Cruz medido.
¡Qué justa la horma
y el aire qué estricto!
Sólo tú sabías,
costalero, el sitio
que necesitaban
las manos de Cristo
para que un calvario
germinado en lirios
tuviera su exacto
marco en el Postigo.

Y sólo tú, costalero,
andas sin medir los pasos
que van de tu barrio al centro.

Trece horas, catorce, quince
viene a ser lo mismo andar
más o menos si persigue
el verso su palomar.

¡Cuánta espinita ocultada
de ese tallo del rosal,
cuánta muda encrucijada
del barrio a la Catedral!

Por eso cada poema
tiene propia dimensión
igualándose en suprema
lírica de la emoción.
Cada uno, un preferido,
íntimo zamarreón.

Como yo heredé en el nido
la oración
de ese rosario que reza
con primor otra cuadrilla.

La luz está entre cereza,
cárdena y amarilla.
La tarde del Jueves muere
y los pájaros visitan
la azotea del miserere.
Doce novicias musitan
doce rosarios. Sevilla
hace de claustro y espadaña,
de mármol y de capilla.
¡No me extraña
que suene a voz de novicia
ese suspiro de plata
cuando el aire lo acaricia!

Y en esa ceguera ingrata
que tú llevas, costalero,
plantado en tierra que labra
un trajín de dulce acero,
otros milagros yo quiero
regalarte en mi palabra.

Agua de un río que copia
esa cábala artesana
y en remolinos se afana
por tener cuadrilla propia.
Y un airecillo imprevisto
que va buscando la mar
riza, al quererla copiar,
la postrimería de Cristo.

Pero el arte no es del río,
es la gente que lo lleva,
la gente del pueblo mío.

Y es otra esquina. Otra prueba.

Viene un caballo y parece
que el mundo se queda estrecho.
Tiene dos palmos el trecho
de esquina a esquina y se mece
con la suficiente holgura.
De canastilla a maceta
cabe un hilo y se procura
-tú ya me lo contarás-
que aparte de la saeta
ya no quepa nada más.

¡La saeta! Madrugada
tibia: ya son medias luces.
El frío, una puñalada
fina. Una riada de cruces
se desborda en el Museo.

-Lo siento aunque no lo veo,
con lo cerquita que voy.

Me ha contado un nazareno
y de su confesión soy
testigo.

-Baja tan lleno
-me dice- el caudal de gente
y es tanta aquella apretura,
que el Señor llega a mi altura
y por la nuca se siente.
Un alba de escalofrío
hiere con blanda marea
y me declara albacea
su latido por el mío.
Tan cerquita y no lo veo.
Sólo escucho cómo anda
y mi sangre se desmanda.
Es como el hondo racheo
del alma que profetiza
céfiros de última hora
y presiente que la aurora
se vuelve color ceniza
en un monte de dolor.

¿Quién te enseñó, costalero,
los andares del Señor?

Y campando por su fuero,
un apogeo más pausado.
Tanto que el sol de Sevilla
saca en el cielo su silla
pues lo quiere ver sentado.

La calle Parra amanece
después de un año sin nada
y borda cada pisada
en el amor que la mece.
Hace encaje de bolillo
el costal según promete:
coge el tiempo y se lo mete
sin pensarlo en un bolsillo.
Da la hora el corazón
y no se acuerda de darla
porque a fuerza de mirarla
la campana pierde el son.
Poco a poco, dejarse ir.
Bendito sea el retraso
si cuanto más corto el paso
más gloria va a repartir.
Y más la calle se estira
y más lujo de azahares
y más yunque de cantares
y más la gente suspira
y más se cuaja la brisa
y al reloj le echan la llave
porque el costalero sabe
que aquí nadie tiene prisa.

Esa puerta de ahí enfrente
no la abrieron porque sí
sino para ver que aquí
la geometría es quien miente.
Los que labraron la ojiva,
la labraron a conciencia
para que un libro de ciencia
se quedara en carne viva.
Imposible parecía
y lo imposible, ya ves,
que se volvió del revés
porque Sevilla quería.
Doce varales en punto,
una campanada justa
y la Giralda se asusta
porque es muy serio el asunto.
Pero sale, sale, ¡sale!
Y sobra gracia y espacio
que si lo miras despacio
el querer es lo que vale.
Y no preguntes los cómos
ni los porqué de las cosas
y es que aquí sobran las prosas
para decir quiénes somos.
Salió la Virgen, pues claro,
como tenía que ser
si Ella es un amanecer
para el que está en desamparo.

Y las veces que haga falta
y sin que roce un varal
por esa entrada ojival,
ni más ancha ni más alta.

¡Porque esa puerta la hicieron
para tomarle medida
al amor de un costalero!

En Sevilla, en Triana
vísperas de primavera 1996